

II ANTOLOGÍA

MI CRO RRE LA TO.

**40 RELATOS SOBRE
LA CIUDAD DE SAN JOSÉ**

Centro Cultural de España en Costa Rica

Segunda Antología de Microrrelato

40 Relatos sobre la Ciudad de San José

Centro Cultural de España
2023

II Convocatoria de escritura de Microrrelato

Derechos: Edición digital Centro Cultural de España en Costa Rica

Derechos de los textos: Los respectivos autores.



Esta publicación es posible gracias al Centro Cultural de España en Costa Rica, a través de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo AECID. El contenido de esta publicación no refleja necesariamente la postura de la AECID

Presentamos en esta antología el resultado de nuestro segundo concurso de microrrelatos, en esta ocasión inspirados en la Ciudad de San José.

Las ciudades siempre están llenas de historias de vida y mucho por contar, situaciones negativas, positivas y un sin fin de experiencias que acontecen en las mismas segundo tras segundo y que merecen ser contadas.

En las siguientes páginas exploraremos los rincones ocultos, las calles y los secretos susurrados de San José, como una ventana sobre lo mucho que esta ciudad nos tiene que contar a través de un texto breve.

En este pequeño viaje literario por la ciudad encontraremos un San José lleno de contrastes, de riqueza cultural, de recuerdos que cobran vida, de detalles que a menudo pasan desapercibidos y que revelan la magia que se esconde en cada esquina y callejón de la capital.

Cada uno de estos pequeños relatos es una joya literaria que contribuye a la narrativa colectiva de esta ciudad en constante evolución. Les invitamos a perderse en cada rincón de la San José retratada en estas páginas, donde cada micro texto es un pequeño universo dentro de nuestra capital.

Obras de reconocimiento especial

Primer lugar

Microrrelato: 163

En la ciudad de San José, hoy en día 163 personas han muerto por homicidio.
Podrían haber sido 164, pero alguien tenía que salvarse para recordar esta historia.

Juan Pablo Flores Loaiza.

Segundo lugar

Cuántica Josefina

“El bus de las cuatro y media cada día sale más tarde, no ve hoy, pasó hasta las cuatro y cincuenta” se quejaba un señor mientras la fila avanzaba, sin saber que lo suyo parecía una paradoja cuántica, porque en chepe lo malo empeora y el que hoy se atrasa veinte, mañana se atrasará treinta, luego cuarenta y así. Quien quita y ya se atrasó un día completo. A veces los buses parecen venir del ayer.

Estefan Esquivel Valverde.

Tercer lugar

San José, el gato y el ratón

Esta ciudad felina me permite vivir siete vidas. Un dulce ronroneo se escucha en sus aceras. San José lame la tristeza de sus habitantes. A veces corretea su sombra y observa desde lo alto de los edificios. La inseguridad se asoma por las alcantarillas y me convierte en ratón.

Rocío Mylene Ramírez González.

Escritos destacados

Un transeúnte más

Con todos los buses llega el de mi padre un poco tarde. Se baja y casi que corre por la avenida central. Refunfuña, pero ama caminar San José por la mañana. Va ajustado para el trabajo, pero tiene tiempo para comprar lotería. A paso rápido se topa con los vendedores ambulantes huyendo de la policía. Todos los transeúntes corren en San José unos de su destino y otros hacia él.

Paola Aragón Arrieta.

Bucle

Verles correr era una alerta: ¡Asaltantes! Tras ellos la gritería.

Yo quería hacer de héroe y un día, con una zancadilla tumbé a un ladrón, entonces noté que no actuaban solos, dos maleantes se me abalanzaron. Eché a correr. En breve las miradas sobre mí, la gritería tras de mí y de pronto topé con un golpe seco, me cayeron a trompadas y otros pseudo-héroes me gritaban: ¿Qué se robó? ¡Hijueputa!

Wilmer Oconitrillo Espinoza.

San José de muy lejos

Ando por las aceras con una corazonada inusual, el solo saber de la presencia de ella hace de San José un sitio completamente ajeno, irreal. El camino que sigo parece predeterminado por esta energía singular, tanto así que los edificios bien pueden ser escenografía de cartón y las calles doblan al vacío. De tal modo sospecho alucinar que ya no sé si hay realmente alguien esperando donde acordamos.

Marco Morales Chacón.

Helado de fresa

—Mamá, ¿dónde está tu San José? —preguntó la niña.

—En el nauseabundo olor después de un día lluvioso, en la mirada inhumana de sus transeúntes y en el profundo miedo de que me soltés la mano —respondió su madre.

—Y el tuyo, ¿dónde está? —preguntó la madre.

—En mi mano pegajosa por el cono —respondió sonriendo la niña mientras le mostraba su mano que chorreaba un líquido color rosado.

Vivian Bonilla Gamboa.

Animales de plátano

Esperaba el último bus en el mercado de la Coca Cola. Solo tenía un chapulín hecho con hojas de plátano que me regaló mi asaltante. La puerta del bus se abrió.

—Vieras que me asaltaron ¿Me regala el pase a cambio de este chapulín?—

El chófer lo examinó minuciosamente en silencio.

—Pase— dijo y procedió a colocarlo en su larga colección de animales.

Zenén Vargas Salas.

Modos de ver

De pronto, San José se ha poblado de fantasmas:
vienen migrantes en oleadas a recalar sobre las
calles.

Allí duermen, tal vez no cagan pues no comen.

Los ciudadanos miran con miedo a la gente
harapienta.

Los harapos tienen miedo de la agresividad de los
juicios de otros.

La lluvia cae para todos.

No todos alcanzan a evadirla.

Adán Vivas Gamboa.

Por la ciudad de San José: Iglesias

Caminar por la Catedral de San José, sumergir los pies en los charcos tras la lluvia y perderse por La Merced; eso es libertad. A pesar de los fantasmas que emergen en la Soledad y los miedos que se ocultan en el Carmen, los demonios susurran en las calles de la Dolorosa, avivando temores. Los pensamientos se suspenden en silencio, recordándonos que somos buscadores de nosotros mismos.

Sentado en la plazoleta del Museo Nacional en San José, observo a lo lejos las iglesias, que asemejan hoteles tanto para golondrinas y palomas como para aves de rapiña.

José Castillo Castro.

Calle por Casa

Abro los ojos. Cielo azul de verano. Cierro los ojos. Abro los ojos. Llueven baldazos de agua y truenos. Cierro los ojos. Abro los ojos. Alisios que mecen los robles sabana. Cierro los ojos. Abro los ojos. Cielo azul. Cierro. Agua. Abro. Viento. Cierro.

Karla Córdoba Brenes.

A la vuelta de la esquina

Manuel colgó las tenis. No, no murió. Fue su primer día como emprendedor.

Noemy Cyrman Muñoz.

Interlínea

Brillan algunas luces del paisaje nocturno en la capital, dejarse llevar por la rutina. Tomar la Interlínea, pagar al chofer, encontrar un campo libre, sentarse y mirar por la ventana gente con los sueños rotos, acumulando semanas sin dormir, preocupados por deudas, amantes e hijos. Hacerse un moño, tomar la libreta para descargar en la hoja esta historia, efímera y casi sin importancia.

Mario Gamboa Araya.

Memoria del pasado

El hombre desubicado se detuvo junto al reloj de la fuente en la Avenida Central.

Preguntó: —¿Dónde está el Hotel Panamerican o la Botica Mariano Jiménez? —

Pero nadie tenía respuesta. Una ventana en el tiempo lo llevó donde hoy está la Plaza de la Cultura en San José. Había tanta gente diferente que decidió explorar.

María Nayuribes Ramírez Jiménez.

Primera cita

—Mire, he venido porque no me encuentro bien. Nunca había pensado en psicoanalizarme, pero siento que estoy en una crisis. Mi rostro, mi gusto, mi carácter no son los de antes. Y me siento más triste que nunca, siento en mi alma la lasitud de un naufragio. Me gustaría reencontrarme y volver a reír. Quiero salvarme.

—Y cuénteme, “Chepe”, ¿por qué eligió usted un pseudónimo masculino?

Carolina Gölcher Umaña.

1868

Convulso, Tácito se sienta. Ayer decidió instalarse en el enojo. Desde ayer se lava las manos con el agua que escupe el cisne que monta cupido. El apetito le regresa. Aflora un pensamiento: cupido ha sido de mármol, tinta, pintura o bronce, pero, en todo caso, le ha faltado el latido. La fuente, recién instalada frente a la catedral, parece atraer suspiros y despedir argumentos.

Diego Aguilar-Sandí.

La Cuita

Domingo por la mañana, camino a Chepe, a misa de 11. Impecablemente con mis mejores trapos: camisa negra, pantalón gris y unos zapatos de charol negro brillante, paso por el Teatro Nacional, la Plaza de la Cultura, en ese momento siento bajar un calorcito por mi oreja, instintivamente cojo mi pañuelo, una cuita de paloma arruina mi camisa negra y hasta aquí llegó mi paseo a Chepe.

Guillermo Abarca Barboza.

El río Torres

Aranjuez, en el Torres, brincábamos piedras, nadábamos en pozas limpias, pescábamos. La pesca, barbudos: sería boca en una cantina del barrio. El río cambió. Algunos tratan de revivirlo. Ahora, añoro aquella niñez.

Álvaro Bolaños Arquín.

Nocturno

El cuartel de Bellavista atrinchera los callejones prohibidos: cartones, botellas y frío. En sus jardines nocturnos los prisioneros marchitan al ritmo de la flor de Kadupul. Estos, con miradas punzantes pero afligidas, alcanzan ver a lo lejos dos grandes fortalezas erguidas entre cafetos y plataneros, las ermitas de la Soledad y la Dolorosa, ante un nuevo amanecer. Para ellos, el cronos expiró.

Victoria Monterrosa Pérez.

La antigua Biblioteca Nacional

Ayer fui a San José y aparqué mi carro en el lugar donde antes estuvo la antigua Biblioteca Nacional. Quedan muros de piedra y los mosaicos moros, fragmentados, aún se aferran al piso. Recordé los mil y un libros en estantes de roble, las escaleras de teca que subían en caracol, las barandas de caoba; pero nada queda del olor a papel guardado, ni la huella silenciosa de los lectores anónimos. Pienso: ¿Estará por ahí, todavía, el espíritu de Julián Marchena?

Eduardo Vargas Ugalde.

Inmersión en la coyuntura

–¿Te llevo al mercado de la Coca Cola?, es emblemático de San José. Incluye una inundación de contrastes: plásticos, hierbas, frituras, indigentes, tufos, basura, además de un lenguaje folklórico, un calor del demonio y, a lo mejor, una compra de gangas; ¿vamos?

–Te acepto sólo la coca cola, gracias.

Ana Patricia Urrutia Pérez.

Bohemia

En la capital viví dos caras de mi juventud; universitaria de día y noctámbula. Sobreviví en calles y discotecas con mis libros en noches de trova. Virgen y sin drogas, trasnochaba admirando el sol nacer en Chelles Bar. Amor, música, baile. Los pasajes de San José eran terrenos casi seguros para una joven sensible pero intrépida en busca de aventuras. Pero el precio de la osadía se paga...

María Elizabeth Gutiérrez Chavarría.

Así te siento

San.

El sabor de un café chorreado que se puso en el microondas a recalentar. Una manzana oxidada tras dos minutos de ser partida. El miembro de la familia que solo se presenta a alguien cuando se tiene la suficiente confianza. El puente nuevo y el viejo, uno al lado del otro. La mancha de tinta azul en el pulgar de un votante. Un amor que fue consumado en secreto. Un aislado acto de fe.

José.

José Pablo León Abarca.

Cédula 1

Taxistas absortos ante la Sele hacen caminar a Julia de La Merced al Calderón. Ecos sinfónicos del Teatro Nacional, el silbato del tren que puebla la GAM y la guitarra solitaria de Marito Mortadela distraen su angustia. El pitazo final del árbitro revive taxímetros y Julia, a dos cuadras del hospital sube al taxi. Lloró al nacer, se llamará José, aunque le digan Chepe. El taxista no cobró.

Mauricio Fonseca López.

De camino por 7 trabajos

Ando apurado. Otro día.

Papi, ¿una tejita, por favor?

Mi hermanito, por favor, ¿tiene algo de comer? Me duele el estómago del hambre.

Un iced café americano; nombre: Johnny

¡Buenos días, Dios los bendiga! Ando vendiendo estas calcomanías en lugar de andar robando para sostener a mi familia, por si me quieren ayudar con una compra. Voy a pasar para que vean, sin compromiso.

Joaquín Rivas Villanueva.

Café con leche.

La mano compasiva de mi madre dejó caer la moneda de veinte en aquel vaso sostenido por un cuerpo de rostro hundido. Plop. La pesada chapa que se zambulle y el anciano rostro que suelta un lastimero ¡mi café! Las miradas se encuentran. Pausa. Mi madre presurosa a por otro café. Treinta años después, misma Avenida Central. Esquivo vasos -decenas- que mi generación sólo sabe llenar con indiferencia.

Rafael Ávalos Barquero.

Sísifo me pide una teja en las paradas de la Caja

Solo él entiende el peso de la piedra que lo trae sin muerte de arriba abajo.

Kevin Román Villalobos.

Chepexcursión

Conocí San José. Lo primero fue ir a la torre del Museo Nacional para regresarle una de las balas de mi espalda. Luego a la cárcel por entregarle a la justicia el puñal con el que me hirieron el coraje; ahí me faltó sangre para comprar la cena, solo me alcanzó una sábana a costo de dos huesos rotos. Lo último fue regresar a mi casa, pero ya me habían robado la esquina y sus cartones.

Jorhan Chaverri Hernández.

Reptiles

Llegamos temprano al parque Francia y una lagartija estaba sobre una roca. Recuerdo que Nina la señaló y ella escapó como una ciudad que se extingue. Papá, ¿por qué se murieron los dinosaurios? No murieron Nina, se hicieron diminutos como lagartijas. Me miró con los ojos fríos y hermosos de un reptil. Ambos sabíamos que los dinosaurios y las ciudades son solo preguntas aún sin formular.

José Pablo Segreda Johanning.

Aguacero

Una lluvia josefina sorprende a los transeúntes. Corren a buscar cafeterías, los pequeños techos salientes de las casas se convierten en estrechas salas de espera. La tarde anuncia el delicado silencio nocturno después de la tormenta. La abuela murió. El cielo está oscuro. La tierra húmeda la recibirá, pero el abuelo sabrá darle calor. El agua en mis zapatos me inunda el pecho.

Laura Sánchez Porras.

El Big Bang en San José

¡Te lo juro! Dicen que en San José no ha pasado nada desde el Big Bang, pero al pensar que en menos de un kilómetro cuadrado suenan simultáneamente el acorde Tristán en el Teatro Nacional, una blasfemia en la Zona Roja, un grito de gol en Chelles, la consagración en la misa de la Catedral y un llanto de recién nacido en el hospital San Juan, es como si el Big Bang aquí estuviera iniciando.

Marvin Coto Jiménez.

En un abrir y cerrar de ojos

Soy Esmeralda, adulta mayor según dicen, y estoy en el Teatro Nacional. El aroma del café y el rumor de conversaciones sobre fútbol me adormecen. Cierro los ojos, y mi recordada abuela Mercedes pareciera acurrucarse a mi lado. De repente vislumbro faldas largas, peinetas, bigotes, barbas, bastones, camisas almidonadas. Alguien grita: ¡Gol de Saprissa! Y abro los ojos.

Silvia Gagnetten Barbeta.

Gloria patri et filio et spiritui sancto

Ella es la que más sabe de algoritmos en todo San José.

A las 8 el de Los Guidos, al ser las 11 viene el macho de la “yunai”, y la madrugada es para el cura que da la misa de 9 los domingos.

Pero hoy el algoritmo cambió. Los titulares del periódico informan que una puta fue encontrada muerta. Nadie lloró. Nadie la veló.

Su nombre era Manuel, y era mi hermano.

Gina Rojas González.

Graffiti

A inicios de los 90, en una pared que hacía esquina en el Barrio la California, se leía la frase Jesucristo, El Salvador. Un día el barrio amaneció renovado. Quienes pasaban delante del graffiti podían leer: Jesucristo 5, El Salvador 1.

Jurgen Ureña Arroyo.

No escampa

Debajo de un alero alguien se cubre de la lluvia. Creerán ustedes que lleva atrapado unas horas... Han pasado meses.

Al inicio lo veíamos asomarse augurando el fin del aguacero. Después, entendimos que no iba a escampar y nos organizamos para procurarle comida, abrigo, bacinica.

Se ve desesperado, trae los zapatos mojados y seguro lo esperan en casa; pero en esta ciudad no se sale sin paraguas.

Valeria Román Vargas.

Una cita pospuesta

Todo estaba listo; las flores, el lugar y la carta. Atravesó el Parque Nacional, donde estatuas y amantes alardean conquistas, y llegó a la Estación del Atlántico. Esperaba con ansias hasta que de pronto, un hombre delante suyo se lanzó frente al tren en movimiento. Vio a su muerte partir con otro, apretó las flores con fuerza y pensó: «Aquí hasta para matarse hay que llegar temprano a la fila».

Isaac Roberto Amador Montiel.

...hasta La Gloria

No he podido volver a chepe. Las ultimas veces la transité para despedirme dos y tres veces. Quisiera volver antes de la primera despedida, acompañarla al hospital después caminar hasta La Gloria y despedirla en un abrazo.

Cada año se vuelve más lejana su presencia, y cada vez se vuelven más insoportables ciertos pasajes. Algo pasó, no sé bien qué, cuando Tita se murió algo en mí se paralizó.

Stephanie Méndez-Leitón.

Memoria josefina

La niebla se detiene en el semáforo, la noche se hunde en el aguacero. Le decís hola. Adivinás la extrañeza en su balbuceo nervioso. Una saliva rencorosa te empapa la boca al pensar que te ha olvidado. Aterrado, te ves de nuevo con la hoja de acero bajo el corazón, tendido entre la Avenida 1 y la Calle 20, y recordás que ya no existís, que ahora sos la fugaz sombra de tu memoria desvaneciéndose.

Andrey Araya Rojas.

Marito Mortadela

Madruga toda la semana rumbo a la Avenida Central, con su guitarra de juguete y un balde blanco para las propinas.

De su boca chimuela cuelga la gran lengua rosada. “Ñeee, ñeee” es la canción de siempre al ritmo de las dos cuerdas que quedan. ¿No lo escuchas al ver su vaca ya sin cuerno?

Carolina Rodríguez Reyes.

La eterna siesta de San José

De repente, Chepe despertó de un casi eterno coma que inició en 1991. Al escuchar la increíble noticia, el alcalde de San José acudió a la casa del hombre para celebrar su despertar. Tras ver a Johnny Araya en su casa, Chepe concluyó que no mucho había cambiado, y volvió a su cama sin conocimiento de las décadas que se había perdido.

Ignacio Vieto Fonseca.